

VII

La ideología de don Diego Portales

A pesar de todo el genio de Carlyle, nunca pude acep-

tar, sino a título de brillante paradoja, su teoría de que la humanidad sólo ha marchado al impulso de unos pocos hombres superiores.

El caso de don Diego Portales es, sin embargo, uno de aquellos que aparentemente confirman la atrevida tesis del filósofo británico.

La transformación operada en Chile y sólo en el espacio de pocos meses, bajo la poderosa mano de ese hombre de genio, fué tan radical y profunda, que uno llega a imaginar, cuando estudia los sucesos e ideas de ese tiempo, que después de 1830 está leyendo la historia de otro país, completamente distinto del anterior, no sólo en la forma material de las instituciones y de los acontecimientos, sino también en el alma misma de la sociedad.

Y el asombro se torna en estupor, cuando se descubre que ese espíritu de Portales, convertido como por milagro en el espíritu de la nación entera, parece haber sido originalmente una concepción política y social suya, y exclusivamente suya, por nadie compartida antes de la fecha memorable en que vino repentinamente a ser el patrimonio común de todo el mundo, y el fundamento de la grandeza ulterior de la patria.

Ni en la sociedad dirigente, ni en el programa de los partidos, ni en las elucubraciones de los pensadores, ni en los propósitos de los caudillos, nadie había siquiera formulado en Chile una idea semejante. No era ella, por cierto, la que inspiraba el cesarismo o'higginista, ni las tendencias oligárquicas de la aristocracia, ni los sueños democráticos de los ideólogos. Tampoco era esa idea una transacción o compromiso entre los opuestos rumbos que los hombres de la época deseaban imprimir al país: era superior y anterior a todos ellos.

Tan cierto es esto, que algunos historiadores, ante aquel fenómeno aparentemente paradójal, mal documentados por otra parte, e influidos por las preocupaciones ideológicas de su tiempo, llegaron a sostener que la gigantesca construcción política de Portales había sido la obra del azar y de la fortuna, y que su autor no profesaba principio alguno.

En realidad, profesaba uno que no podía ser compren-

dido por esos historiadores publicistas. La obra de Portales fué la restauración de un hecho y un sentimiento, que habían servido de base al orden público, durante la paz octaviana de los tres siglos de la colonia: el hecho, era la existencia de un Poder fuerte y duradero, superior al prestigio de un caudillo o a la fuerza de una facción; el sentimiento, era el respeto tradicional por la autoridad en **abstracto**, por el Poder legítimamente establecido con independencia de quienes lo ejercían. Su idea era nueva de puro vieja: lo que hizo fué restaurar material y moralmente la monarquía, no en su principio dinástico, que ello habría sido ridículo o imposible, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones.

Ya se encuentra formulado este pensamiento en su correspondencia desde los días de Ayacucho. Portales, como se sabe, no había sido partidario de la Independencia. Nacido en una familia ilustre, pero no opulenta, su padre ejercía en 1810 el cargo de Superintendente de la Casa de Moneda, y, aunque de ideas un tanto realistas, figuró al lado de Carrera, en la época en que este genial caudillo buscó el apoyo del partido español contra Rosas, la casa Otomana y los radicales del Congreso de 1811.

Estas circunstancias, y sobre todo la pobreza, alejaron a Portales de la política durante su primera juventud. Se dedicó al comercio para ganarse la vida; pero no era, por cierto, el ignorante que algunos se han complacido en pintar. Hizo estudios de humanidades y de derecho; conocía la administración y la ciencia militar, gustaba la lectura de los clásicos españoles, y aunque no fué literato de profesión, porque sólo escribió artículos de prensa y cartas privadas, su estilo no sólo es vibrante, imaginativo y original, sino castizo y correcto. Sin exageración de ningún género puede clasificársele entre los chilenos que han manejado mejor la lengua castellana. Sus conocimientos no eran en conjunto inferiores a los que suelen poseer, aún en nuestro tiempo, los hombres de Estado no especialistas.

Eso sí, ignoraba o afectaba ignorar los principios teóricos del derecho público y la filosofía social entonces en

boga. Causa asombro, al recorrer su nutrida e interesante correspondencia, no encontrar en ella la menor alusión a esos dogmas generales que constituían la base del bagaje intelectual de los políticos contemporáneos. No los menciona ni aún para desdeñarlos o zaherirlos: se diría que no habían llegado a su noticia.

Su indiferencia por las instituciones escritas era sólo relativa, y perfectamente de acuerdo con la idea superior en que se inspiró su política. La técnica constitucional le importaba poco: lo esencial, en su concepto, era arreglar lo que él llamaba **el resorte principal de la máquina**, esto es, la autoridad tradicional, el Gobierno obedecido, fuerte, respetable y respetado, eterno, inmutable, superior a los partidos y a los prestigios personales. Cuando esa alta noción del Estado, que en Portales fué hereditaria y no aprendida, se hubo arraigado en la conciencia nacional, el país continuó obedeciendo maquinalmente con el alma y de hecho no a Prieto, ni a Bulnes, ni a Montt, sino a una entidad abstracta que no moría: "el Gobierno". Del mismo modo había obedecido antes, no a Carlos III o a Carlos IV, sino al Rey. Por eso don Isidoro Errázuriz apenas incurre en paradoja, cuando dice que Portales creó "la religión del Gobierno". Si no la creó, al menos la restauró. En este sentido, lo que se ha llamado "reacción colonial" en la obra de Portales no fué sólo, como ya alguien ha dicho, lo más hábil y honroso de su sistema, sino su sistema mismo.

El triunfo de la Independencia no le produjo entusiasmo, sino miedo: desde el primer momento adivinó el caos anárquico en que iba a caer el continente: su "funesta ignorancia de los principios", fué por esta vez ciencia de las realidades. Quizás alguna vez exageró sus terrores, como cuando vaticinaba ya en 1825 la futura absorción de las nuevas Repúblicas por los Estados Unidos de Norte América. A fuer de hombre positivo, aceptó el nuevo régimen como un hecho consumado e irrevocable; pero había que reconstituir "un poder muy fuerte, custodio de todos los grandes intereses de la sociedad y que reposara en la sumisión y el respeto de esos mismos intereses que defendía". Ese Gobierno había de ser impersonal: "no debe estar vin-

culado a nadie, y mucho menos que a nadie, a él mismo".

El "sublime desinterés" de Portales, que aún sus más enconados adversarios reconocieron siempre, formaba, pues, parte de su sistema, de su doctrina. Ese "terrible hombre de los hechos", ese dictador omnipotente que parecía modelar el país y los acontecimientos a su antojo, era "un caballero andante que perseguía un ideal". Luchaba por una abstracción majestuosa, y si su nombre llegó a ser "el símbolo encarnado del poder", es porque él mismo se lo había sacrificado todo al Poder.

Su desdén por las constituciones no iba más lejos que su escepticismo por la virtud organizadora de esos mecanismos técnicos que combinan artificiosamente los juristas. A este respecto, la experiencia nos había enseñado ya entonces algo, y aún continuamos aprendiendo en la misma escuela. Pero el alma de Portales, profundamente legitimista en el sentido colonial, no concebía el Poder "sin forma", el poder accidental, el poder como un hecho transitorio. Habría querido una Constitución, aunque no fuera sino para que el absolutismo **quedase establecido legalmente**. Sin eso, el poder que iba a crear habría perdido una de sus grandes fuerzas tradicionales y permanentes. De allí su empeño por que fuese reformada la Constitución de 1828: ese día y sólo ese día se puso al lado de los doctrinarios de la reacción.

Su estilo, siempre vehemente, sólo se eleva al lirismo, casi a la violencia, cuando defiende "el respeto a la ley". La quería muy dura, muy al estilo monárquico, pero obedecida con la misma religiosidad por gobernantes y gobernados: era un Felipe II transplantado al suelo de América. Algunas de sus cartas, como la de junio de 1833, alcanzan y sobrepasan en este sentido el límite de la insolencia.

Es muy raro en la historia el caso de que un gran pensamiento se anide en el alma del mismo hombre capaz de realizarlo, aún en sus detalles prácticos. Este milagro lo operó en Chile don Diego Portales, y sus hechos, mejor comprendidos por sus biógrafos, de lo que fué su espíritu, no son menos dignos de eterno recuerdo que la idea genial en que se inspiraron.

VIII

Portales, hombre de acción

La idea majestuosamente simple que inspiró a don Diego Portales, era realizable y capaz de organizar un poder duradero y en "forma", porque ella reposaba en una fuerza espiritual orgánica que había sobrevivido al triunfo de la Independencia: el sentimiento y el hábito de obedecer al Gobierno legítimamente establecido.

Pero nada más difícil que llevarla a la práctica. El antiguo poder monárquico **había durado** por siglos: la conciencia de su inmutable y majestuosa estabilidad era una parte de su fuerza. Contaba, además, en su apoyo, con el prestigio de las creencias. De todo ello apenas quedaba el hábito inconsciente de la obediencia pasiva que dormía, es cierto, en el fondo de las almas, pero que era necesario despertar. Había que hacer surgir del caos revolucionario un gobierno improvisado, hijo de la revuelta, pero que a la vez inspirase, **desde el principio**, la veneración religiosa que por lo regular sólo acompaña a las instituciones consagradas por el tiempo.

Para restaurar moralmente el país después de veinte años de anarquía, para tender un puente entre 1810 y 1830, para restablecer la tradición interrumpida, era necesario un genio político tan paradójal y complejo como el de Portales: un hombre inspirado en un pensamiento abstracto y grandioso, y a la vez tan hábil en los ardides y en el manejo de los detalles, como el más experto de los politiqueros y agitadores de oficio; empapado en la tradición y conocedor profundo de las realidades del presente; dotado de un golpe de vista a la vez microscópico y telescópico, capaz de percibir distintamente y al mismo tiempo, los grandes movimientos espirituales y las pequeñas debilidades e intereses de los hombres, las líneas de conjunto de una construcción política y los detalles de cada momento.

Por sus admirables dotes era, a la vez, el más perfecto revolucionario y el tipo ideal del hombre constructivo: por eso se le ha comparado con Julio César. Salvo las dimensiones del teatro, el símil es exacto. Entre 1827 y 1829, para realizar la primera parte de su programa, que consistía, lisa y llanamente, en escalar el poder, logró reunir en su torno, los elementos más contradictorios. A su círculo de amigos personales, formado de antiguos carrerinos y de los despojos del coloniaje, unió como por milagro a los partidarios de O'Higgins, enemigos irreconciliables de aquellos; a la aristocracia pelucona que derribara a O'Higgins, y que era también, en conjunto, hostil a los Carrera, y a la tradición monárquica, a Freire el caudillo rival de O'Higgins, y por último, a los radicales federalistas con Infante a la cabeza. Sólo una carta faltó a su juego: el pipiolaje, esto es, el grupo informe de aspirantes y políticos salidos a la superficie por virtud de las turbulencias de la época, y que, agitándose sin objeto alrededor de los movimientos militares y sociales, aparecía como una fuerza, sin serlo en realidad. Portales, con su golpe de vista certero y positivo, los había desdeñado siempre.

Y en efecto, ese fantasma de agitación democrática se desvaneció muy luego, como si jamás hubiese existido.

Sólo queda entonces frente a Portales una mitad del ejército y Freire que, viéndose burlado, se pone a la cabeza de la resistencia; así comenzó esa serie de golpes maestros que consumaron "una revolución dentro de una revolución". Mientras el presuntuoso caudillo de la era pipiola se mantiene en armas contra el poder vacilante que comienza, los aliados de Portales se agrupan temerosos en torno suyo y aplauden sus audacias que presagian el éxito común, sin advertir que se les está reduciendo a ellos mismos también a la impotencia.

De una plumada se da de baja a toda la oficialidad liberal y levantisca, esto es, a la mitad del Ejército, por lo menos, al mismo tiempo se organiza la guardia nacional sobre el modelo de las milicias de la colonia, y la sociedad queda jerárquicamente armada frente a una posible resurrección del caudillaje.

Aún antes de decidirse la guerra civil en Lircay, ya existía en Santiago un poder que obraba con la tranquila regularidad y eficacia de un Gobierno legítimo y establecido desde largos años atrás. Aunque nacido de la rebelión, castigaba la rebelión como un crimen; pero ajustándose estrictamente a los procedimientos legales, a la manera de un gobernador bajo Felipe II. Nada de innovaciones presuntuosas o precipitadas, nada de promesas lisonjeras, nada que pudiera denunciar el origen revolucionario y la situación incipiente, azarosa e insegura del nuevo poder. Nunca se dictaron menos decretos. La revolución de 1829 no aparece en el boletín de las leyes. Al leer los documentos originales de esa época interesantísima, he sentido siempre la sensación de encontrarme ante un poder legítimo, restaurado después de larga usurpación, y que desea borrar hasta el recuerdo de la anarquía: nada indica allí el ensayo febril, lo improvisado. Los Ministros ponían silenciosamente orden en todo, sin aludir siquiera a la existencia de un desorden, de una situación irregular; se diría que habían estado despachando por muchos años, bajo una monarquía antigua y tradicional, cuya legitimidad nadie ponía en duda. No lo hizo mejor Luis XVIII, cuando fechó su primer decreto en el año vigésimo de su reinado, como si la Revolución y Napoleón no hubieran existido jamás. Esa sensación de estabilidad la experimentó el país desde el **primer momento**, como por obra de milagro. Nadie se atrevió a combatir un poder que no dudaba ni un solo instante de sí mismo.

El día siguiente de Lircay, fué el de mayor peligro: el pipiolaje estaba ahora decididamente aniquilado, y llegaba la hora de que los triunfadores se repartieran el botín. Los aristócratas discurrían en las antecámaras de Santiago sobre candidaturas presidenciales; los ideólogos reabrían sus libros para estudiar reformas constitucionales; los o'higginistas batían palmas viendo a la cabeza del Ejército triunfador al lugarteniente de su caudillo.

Portales temía, sobre todo, a estos últimos. Pero su hostilidad contra O'Higgins no nacía, como se ha dicho, de las sugerencias carrerinas o godas de su séquito íntimo. La restauración del ilustre fundador de nuestra Independen-

cia significaba, sí, la muerte de su sistema, pues habría vinculado el poder al prestigio y a la vida de un hombre. El cansancio producido por las turbulencias anteriores, la actividad, el prestigio innegable y las aptitudes políticas de O'Higgins, podrían haberlo mantenido en el gobierno después de su restauración, quizás, hasta su muerte, y éste habría sido sin Portales, el desenlace lógico de la revolución de 1829. Pero, pocos años más adelante, a la desaparición de O'Higgins, el problema que Portales quería resolver, desde luego y para siempre, habría resucitado aún en peores condiciones.

Por eso, de un solo golpe, Portales decapita al o'higginismo y ahuyenta las esperanzas de la politiquería civilista que comenzaba a levantar la cabeza. El general Prieto, jefe del Ejército vencedor en Lircay, y del o'higginismo en armas, es designado Presidente de la República, por iniciativa y bajo la protección del mismo Portales.

Aquel hombre fué diestramente escogido: nadie en su tiempo pudo realizar mejor el ideal del omnipotente Ministro, dando al Gobierno el tono y el carácter que él deseaba. De bella presencia y finos modales aprendidos en la corte de los últimos presidentes de la Colonia, a la vez reservado y afable, valiente pero destituido de ambición y de audacia, enérgico y benévolo, apegado a la tradición, profundamente religioso, aquel personaje podía ser muy bien el jefe de un gobierno **impersonal**, el representante visible de esa fuerza tradicional y abstracta, superior a las vicisitudes de la política y al prestigio de los hombres, que iba a ser el inmovible fundamento de la majestuosa construcción de Portales. Nada había en el temperamento y en la actitud del General Prieto que evocase ni de cerca ni de lejos la imagen del caudillo de una revolución, ni siquiera la del improvisador brillante de un orden nuevo y de trascendentales reformas. Elevado, además, a la Presidencia por elección regular, dieciocho meses después de terminada la revolución, y cuando ésta, bajo la dirección genial de Portales, había ya madurado sus tendencias y su espíritu, y convertidos en un poder que presentaba todas las características de la legitimidad y de la duración, el

General Prieto pudo inaugurar su período casi en las mismas condiciones que si hubiera sido el sucesor regular de una larga serie de presidentes constitucionales.

Contra todas las apariencias, la elección propiciada por Portales fué también hábil bajo el punto de vista que los contemporáneos pudieron más difícilmente apreciar; esto es, el de la política partidarista, precisamente porque el General Prieto no llenaba las aspiraciones de facción alguna. La aristocracia de Santiago, bajo un régimen normal oligárquico, no habría escogido, ciertamente, por su jefe a un militar o'higginista y pencón; los propios correligionarios del candidato no pudieron menos de comprender que esa solución mataba, desde luego, toda tentativa restauradora en favor de su caudillo; sólo el Ejército y Concepción quedaban satisfechos; pero nada más que eso era por entonces necesario: como veremos en un próximo artículo, el espíritu frondista de la aristocracia había sido dominado, y los o'higginistas, privados del apoyo militar, no eran ya de temer.

Inaugurado, según su corazón y de acuerdo con sus deseos, un gobierno impersonal, serio, estable, regularmente elegido y que la masa del país obedecía y respetaba: vencedor en su lucha contra la anarquía; dominados o impotentes los mismos elementos políticos que le sirvieran de instrumento, Portales, en septiembre de 1831, había llegado a la cumbre del éxito y del poderío.

Entonces pone remate a su obra con un nuevo rasgo de genio, en que brilla también la altura moral, la consecuencia con los principios, el desinterés y el patriotismo. Abandona el poder y los honores y vuelve a Valparaíso a luchar trabajosamente por la vida tras de su mostrador de comerciante: en una época en "que a veces no tenía dinero suelto para cigarrillos", no se lleva ni siquiera sus sueldos de Ministro que ha cedido en beneficio del Ejército, y no acepta desempeñar otro cargo público que el muy subalterno de gobernador de aquel departamento.

Después de vencer a los demás, se vencía a sí mismo. . .

Sus adversarios y aún sus amigos, incapaces de comprenderlo, atribuyeron aquella conducta a extravagancia, a

exceso de orgullo y hasta a un refinamiento de ambición: "desdeña el Gobierno, porque prefiere mandar a los que mandan", dijo Gandarillas.

Pero él quería "un poder muy fuerte, que no estuviese vinculado a nadie y mucho menos que a nadie, a él mismo". Ahora cumplía estoicamente la última parte de su programa.

No es raro que las construcciones políticas levantadas por tales caracteres hayan desafiado muchos años a la muerte y al tiempo.